

RACHEL BOWLBY, *Freudian Mythologies. Greek Tragedy and Modern Identities*, Oxford University Press, Oxford, New York, 2007. 251 páginas.

Hay quienes ven en el enfoque psicoanalítico un instrumento idóneo para la disección de la literatura escrita y, por tanto, un medio sofisticado para conocer algo más acerca de los entresijos de la naturaleza humana. En *Freudian Mythologies. Greek Tragedy and Modern Identities*, Rachel Bowlby profundiza en esta modalidad de análisis literario, y se sirve de tal metodología —que ya practicó años atrás en el desarrollo de sus trabajos *Still Crazy After All These Years: Women, Writing and Psychoanalysis* (1992) y *Shopping with Freud* (1993)— para reflexionar sobre la propia teoría freudiana, con el objetivo de abordar ciertos interrogantes contemporáneos en torno a las identidades sexuales y familiares. Sin embargo, en la realización de este cometido, no sólo son objeto de estudio las obras completas del padre del psicoanálisis, sino que también se someten a un examen crítico los mitos que sirvieron a Sigmund Freud para construir su particular noción del hombre (y de la mujer).

Este recorrido doble —a través de la obra de Freud, por un lado; y de la literatura de ficción que inspiró al austriaco, por otro— produce en el lector la sensación de encontrarse ante dos libros contenidos en uno solo. Uno de ellos, el previsible y que se anuncia en la breve reseña de la contraportada, consiste fundamentalmente en la revisión de los pri-

meros postulados freudianos y de la mitología que los acompaña a la luz de las transformaciones sociales acaecidas en los últimos tiempos en el ámbito de la sexualidad y la vida familiar. El segundo, el inesperado, constituye una biografía intelectual de Freud, muy sugerente en la medida que sus vivencias y experiencias personales emergen como el principio motor, e hilo conductor, del paradigma filosófico que él mismo fundó.

En su vertiente revisionista, el ensayo cumple con la necesaria —sino urgente— tarea de poner al día una concepción antropológica cuya expresión está naturalmente delimitada por las contingencias del contexto social. Bowlby, consciente de que parte del acervo freudiano pueda quedar obsoleto con el paso del tiempo, se entrega así al ejercicio de repensar algunas de las hipótesis formuladas originalmente por Freud, dirigiendo con ello una nueva mirada sobre los mitos que permitieron al primer psicoanalista vertebrar sus tesis sobre la psique humana.

Respecto a la feminidad, por ejemplo, y con el objeto de superar una visión insuficiente de las mujeres —presuntamente marcadas por el descubrimiento traumático de que no son hombres, esto es, por la castración (p. 95)—, la profesora reinventa el significado otorgado por Freud a la leyenda de las Danaides¹, ofreciendo una nueva inter-

¹ “Las Danaides van a Grecia siguiendo a su padre...Huyen de los cincuenta hijos de Egipto, que las persiguen, y rehúsan sus proposiciones...Esquilo nos las describe [en *Las Suplicantes*] reacias ante la idea de ser tratadas como unas yeguas a las que los hijos de Egipto arrastrarán cogiéndolas por el cabezal, y dispuestas a ahorcarse antes que aceptar el matrimonio. Posteriormente, las Danaides fingen dar su consentimiento para que se lleve a cabo el contrato matrimonial, pero cuando su padre les envía a cada una un puñal y les ordena asesinar a sus esposos durante la noche de bodas, las Danaides siguen obedeciendo a su padre: será la sangre del esposo, no la de la

pretación de la historia contada por Esquilo. En este sentido, *Las Suplicantes*, desde la óptica de Bowlby, además de adoptar una actitud resignada y resentida —en reacción al descubrimiento de su desemejanza respecto a los hombres, diría el médico de Freiberg—, son un grupo de mujeres que rechaza su subordinación al poder masculino, desplegando para ello estrategias tan dispares como la seducción y el asesinato. Este carácter complejo y contradictorio, en su resistencia al *hybris* masculino, las erigiría así en icono contemporáneo de la subjetividad femenina, más ajustado a la realidad de las mujeres actuales que el modelo de comportamiento “castrado” observado hace un siglo por Freud (p. 96).

Pero Bowlby no sólo vuelve sobre la literatura clásica para actualizar la gama de arquetipos freudianos, sino que también recurre a ella para aprehender nuevos fenómenos sociales desde una perspectiva esencialmente psicoanalítica. El viaje que el niño Edipo² realiza de Tebas a Corinto, donde lo espera una pareja, Pólibo y Mérope, deseosa de resarcir su paternidad frus-

trada, recuerda inevitablemente a la práctica de las adopciones transnacionales (p. 188), tan extendida en nuestros días entre las familias del Occidente próspero. Asimismo, el deseo de un adolescente por conocer a su madre biológica, la búsqueda del hijo abandonado en el pasado, o la consulta a un tercero por parte de un matrimonio con motivo de su infertilidad, son temas de extraña actualidad reflejados en *el Ion* de Eurípides, con más de dos mil años de antigüedad (p. 192). Estos y otros hallazgos conducen a pensar que, en los textos clásicos, se halla depositada una sabiduría ancestral sobre la condición humana de validez imperecedera y universal. La elección de Edipo, por parte de Freud, para explicar el complejo que él consideraba núcleo primordial de todas las neurosis (p. 20), no sería por tanto una refinada ocurrencia ni fruto de la casualidad. De hecho, las razones que le llevan a convertir este mito en pauta universal de experiencia humana, y que son enumeradas en *La interpretación de los sueños*, trascienden la trama³ —de por sí provista de una fuerza innegable,

virginidad, la que se derramará durante la noche de bodas”. Yves BONNEFOY (dir.), *Diccionario de las Mitologías*, Vol. II, Destino, Barcelona, 1996, p. 150.

² “Hijo de Layo, rey de Tebas y de la reina Yocasta. Habiéndole predicho un oráculo que era su destino perecer a manos de su propio hijo, Layo mandó que el niño recién nacido fuera abandonado expuesto en la montaña...El niño fue recogido por un pastor, que lo entregó al rey y a la reina de Corinto [Pólibo y Mérope], quienes no tenían hijos. Edipo se crió en la corte de Corinto creyendo ser el hijo de sus padres adoptivos”. Arthur COTTERELL, *Diccionario de Mitología Universal*, Ariel, Barcelona, p. 182.

³ “Cuando era un adolescente, Edipo visitó al oráculo de Delfos, que le anunció que mataría a su padre y se casaría con su madre. Aterrorizado, decidió marcharse de Corinto para no volver más. Ignorante de sus verdaderos progenitores, Edipo partió a la ciudad de Tebas. Antes de llegar, se encontró al rey Layo por el camino y le dio muerte en una pelea por los derechos de paso. Cerca de Tebas, Edipo resolvió el enigma de la Esfinge...Los tebanos le recompensaron por haberles librado de aquel horrendo monstruo... nombrándole su rey. Para ello, Edipo se casó con la reina viuda Yocasta, cumpliendo así, inconscientemente, la profecía. Posteriormente, descubrió que era culpable de parricidio e incesto, y el horror que experimentó le movió a cegarse y a partir luego al exilio”. COTTERELL, *Diccionario de Mitología Universal*, pp. 182-183.

dadas las temáticas del incesto y el parricidio (p. 17) — y se relacionan con el proceso psicológico vivido por el protagonista. Este proceso se caracterizaría por el “reconocimiento” conflictivo y forzado de una parte culpable, y durante largo tiempo reprimida, de sí mismo (p. 15), tal y como podría ocurrir en el transcurso de una terapia psicoanalítica.

Y es que, advierte la autora inglesa, fue el propio Freud quien experimentó en primera persona el doloroso proceso de “reconocimiento” edípico. Así lo explica en una carta a Wilhelm Fliess, fechada el 15 de octubre de 1897, cuando reconoce haberse reencontrado, tras su autoanálisis, con pretéritos sentimientos infantiles de amor hacia la madre y celos hacia el padre (p. 30). Tal paralelismo, lejos de ser excepcional, y en línea con lo que se apuntaba al principio, es sintomático de una triple analogía entre la literatura, el psicoanálisis y la trayectoria vital e intelectual de Sigmund Freud. Esta relación de semejanza queda bien ilustrada por Bowlby en su examen de los rasgos compartidos por la tragedia griega y la terapia psicoanalítica. A su juicio, el hecho de que dos personas hablen alternativamente, y entre sí, durante un período de tiempo previamente acotado (se trata, en definitiva, de una acción que tiene lugar en un solo día), interpretando roles distintos de los desempeñados en sus vidas cotidianas, y con la implicación de niveles de emotividad por encima de lo normal (pp. 21-22), hace verosímil la asimilación de este subgénero teatral a la *cura del habla* (p. 49). Esta expresión (en inglés, *talking cure*), acuñada por Bertha Pappenheim —paciente de Freud bajo el pseudónimo de Anna O., quien aparece en el primero de los casos expuestos en *Estu-*

dios sobre la histeria—, aludiría a otra característica común, pues tanto en la terapia como en el drama, las palabras pueden surtir un efecto palpable en quien las escucha (el espectador o el paciente), transformando su percepción sobre quién es o quién ha sido, o sobre el significado de sus acciones y experiencias pasadas (p. 23). Se trataría del llamado efecto evocador.

Otro pasaje del libro en que se pone de manifiesto el impacto producido en la obra freudiana por la biografía y las preferencias literarias de su autor es el capítulo acerca de los sueños y las ensoñaciones. En él, Bowlby rescata un párrafo de *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901) en el que Freud admite haber cometido un acto fallido en la redacción de la *Interpretación de los sueños* al abordar el tema de la ensoñación masculina de ambición. Es así como explica el hecho de que le cambiara el nombre al personaje de ficción que le servía de modelo —extraído de una novela de Alphonse Daudet, titulada *El nabab* (1877) — y lo sustituyera por Joyeuse, forma femenina de la traducción al francés de su apellido (pp. 115-116). Sin embargo, su identificación con Jocelyn no le pareció tan turbadamente reveladora como la vivida en el proceso de “reconocimiento” edípico — al fin y al cabo, recordarse a sí mismo como el joven ambicioso y sin recursos que fue en París, no tuvo ninguna significación traumática. En este sentido, para Freud, las ensoñaciones, y las historias que se les asemejan, son transparentes en su significado. Por eso, dice Bowlby, el austriaco regresa a Sófocles —y no a Daudet— cuando trata de explicar, mediante analogías literarias, esos *otros* deseos revelados en el análisis de los sueños donde residen las fuerzas turbulentas de la vida mental. La narrativa

decimonónica puede reflejar aspectos obvios de la cotidianeidad moderna —como las ensoñaciones masculinas de ambición— pero es insuficiente para adentrarse en las profundidades de la noche y el inconsciente (p. 123).

Globalmente considerada, *Freudian Mythologies* es una reflexión abierta y generosa. Abierta, porque más allá de ciertos planteamientos, aparentemente cerrados en su razonamiento, pone sobre la mesa algunas cuestiones que precisan una revisión en sintonía con las transformaciones de nuestra civilización. Así ocurriría,

como honestamente reconoce Bowlby, con el modo en que los niños del siglo veintiuno se responden a sí mismos ciertas preguntas sobre el origen de los bebés, o la diferencia entre sexos (p. 145). Y generosa, porque la profesora no sólo formula el problema, sino que además sugiere un método para buscar la solución: la relectura de Freud en clave mitológica. Con este ensayo Bowlby propone y consigue, en definitiva, una aproximación freudiana a Freud.

FRANCISCO JAVIER LUQUE CASTILLO